

De una poesía imprescindible

Hubo un tiempo en nuestra poesía (que, en parte, se prolonga en este comienzo de siglo) en el que evocar la belleza de una flor, o los contornos de un castillo contra el horizonte del atardecer, o los días de amor e intimidad ensimismada, era parte consustancial al hecho poético. De igual modo, aludir a la menesterosidad de los humillados y ofendidos, acercarse a la memoria de la derrota civil más desoladora de cuantas hayan vivido varias generaciones de hombres y mujeres nacidos en este país, iluminar los barrios extremos de las ciudades, el patrimonio de quienes no tienen nada, era «hacer política», era escribir sobre hechos y estados de conciencia *apoéticos* por principio. La mirada complacida con la realidad y con el mundo era lírica; la mirada crítica e insumisa era política. Daba igual el lenguaje, la pulsión renovadora, el temblor estético, la voluntad de investigación en las capacidades del idioma en que el poeta crítico —la poeta crítica— se empeñara. El tema determinaba la mirada del lector avisado, del especialista, del profesor, del antólogo o del poeta dominante y convertía al poema en un serio candidato a la descalificación cuando de tales asuntos se ocupaba.

Por eso, cuando una tarde de abril de hace algunos años, en la sala cinematográfica de un lugar de montaña de una provincia llamada Córdoba, quien esto escribe escuchó, en la voz emocionada de una mujer a la que desconocía, versos que iluminaban la lengua e iluminaban los pasadizos de la Historia, se sintió en otro mundo. En un mundo reconocible y, hasta cierto punto, propio: en el mundo del poema que no huye, de la luz que no teme ensuciarse, de los caminos que avanzan por puentes levadizos sin temer la corriente de agua que pasa por debajo de ellos.

Isabel Pérez Montalbán vino a mi particular imaginario de poetas preferentes con la palabra reveladora y con la mirada crítica. Con la emoción que dicta el sentimiento y con la emoción que descubre la palabra. Con la tensión desolada de la memoria íntima y con la rabia vindicativa de la memoria colectiva. Isabel Pérez Montalbán venía de un mundo vencido, de la tierra de los antepasados tristes, de los antepasados mudos a la fuerza, de los que sólo tuvieron en su poder esa antigualla que lleva por nombre fuerza de trabajo (o capacidad de desempleo) y una obligada e infinita propensión a la tristeza.

Versos blancos. Endecasílabos, heptasílabos, pentasílabos... Con la dicción precisa y con el pulso emocionado de la poeta que es, también, sabiduría e intuición, Isabel Pérez Montalbán le echaba moral al asunto y nos hablaba de sus muertos nómadas (que eran, también, nuestros), sobre todo de una muerta definitiva que cobraba vida con sus versos bajo el pretil de un puente, y tenía el valor de poner el adjetivo comunista al sujeto poético que prota-

goniza una larga serie de hermosos poemas/cartas de amor y de historia. «Con los tiempos de desmemoria que vivimos, sólo podía ocurrírsele a esta muchacha semejantes despropósitos», pensé en un primer momento. Después de aquella tarde por la sierra de Córdoba, me llegaron sus versos, sus libros, su palabra. Y me di cuenta de que cuanto había dado sentido a mi concepción de la poesía desde una edad muy temprana, esa necesaria fusión entre desacuerdo radical con una realidad injusta y palabra reveladora, vivía también en la palabra poética de Isabel Pérez Montalbán. Allí estaba, como una réplica iluminada por la luz del Sur («el Sur también existe», nos dijo Benedetti y otro grande, Serrat, le puso música), la mirada con grietas que nos entregaron Machado, Vallejo, Blas de Otero, Eluard, Trakl, Char, Neruda, Sandburg y tantos otros.

La hay con emoción sentimental: es buena. La hay con emoción estética y sentimental: mejor quizá. Y necesaria. La hay con emoción sentimental, estética y con mirada inconforme hacia el mundo: esa es, a mi juicio, la imprescindible. Hablo —Bertolt Brecht sabrá perdonarme— de poesía. De la de Isabel Pérez Montalbán: de la poesía imprescindible.

Madrid, mayo de 2002

MANUEL RICO